

Imágenes para orar con el Ciclo Litúrgico “A”

✧ Tercer Domingo de Adviento ✧

*“Id e informad a Juan de lo que veis y oís:
Los ciegos ven y los cojos andan”(v. 4-5)*

Mt 11,2-11



“En Su Amor aprender a amar”

Alfred Delp S.J.

La zarza ardiendo en forma de Sagrario-Granada

Hnos. De San Juan de Dios. Valladolid

Der brennende Dornbusch in Form eines Tabernakel-Granatapfels.

Barmherzige Brüder. Valladolid



Tiempo de Adviento

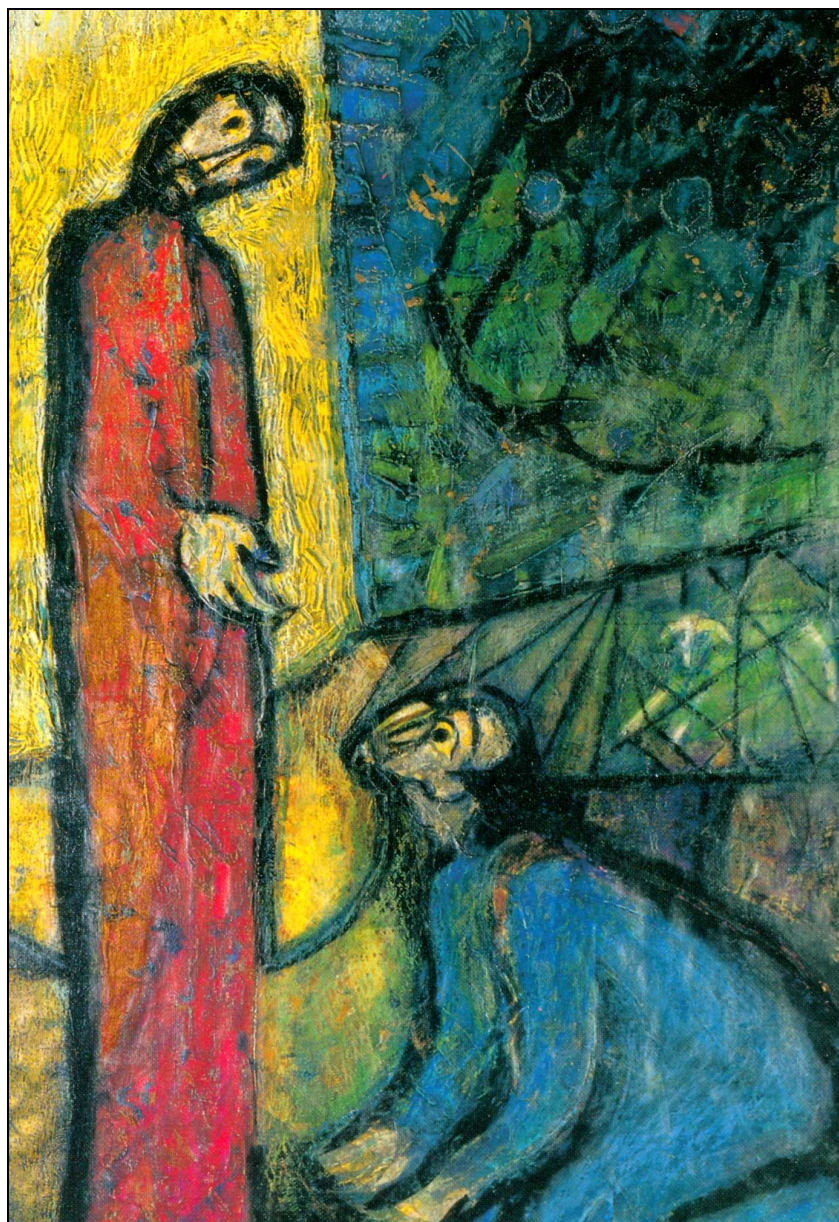
Imagen: Pfarrbriefservice



La vocación de San Mateo Evangelista

Caravaggio, 1601

Iglesia de San Luis de los Franceses. Roma



Curación del ciego

Autora: Beate Heinen, año 1971



Curación del ciego

Autor: Marco I. Rupnik S.J., siglo XX



La curación del paralítico de Cafarnaún

Mosaico de San Apolinar de Ravena, siglo VI



Resurrección de la hija de Jairo

Mosaico del Duomo de Monreale, siglo XIII. Italia

Homilía para el Tercer Domingo de Adviento, ciclo litúrgico A

Sobre el tema del domingo: “Gaudete” – “Alegraos”

Lectura Is 35, 1-6b.10

Esta homilía cita esencialmente el escrito apostólico “Evangelii Gaudium” (La alegría del Evangelio) del Papa Francisco. “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida en su totalidad de los que encuentran a Jesús.”

De este modo comienza el primer gran escrito apostólico del Papa Francisco.

“¡Alegraos en el Señor en todo tiempo!”

De nuevo digo: ¡Alegraos! Pues el Señor está cerca.”

Así suena el versículo de entrada de este tercer domingo de Adviento.

Esto también quiere decir sencillamente:

“¡Gaudete”, “Alegraos!”

“Con Jesucristo llega siempre y continuamente la alegría.”

He ahí el mensaje de este domingo,

éste es el mensaje de nuestro Papa.

Por eso yo tomo sobre todo pensamientos de Francisco para esta homilía de hoy sobre la alegría de ser cristiano.

Francisco anima a todos los cristianos a aspirar a

una nueva vida de relación personal con Jesús,

a buscarle día tras día sin cesar

y a dejarse encontrar por Él,

¡por amor a la alegría!

Pues “nadie está excluido de la alegría

que el Señor nos trae.”

Adviento significa: ¡Él viene a nosotros!

Pero Adviento también significa que

¡Él espera nuestra llegada con los brazos abiertos!

Y después Francisco compone con textos de la Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento,

por así decirlo, una ‘oda a la alegría’:

“Así se vuelve el Profeta Isaías al Mesías esperado
y Le saluda lleno de alegría:

“Tú provocas un júbilo sonoro y regalas gran alegría.

Uno se alegra por tu proximidad...” (9,2)

Y anima a los habitantes de Sión a recibirle
con cantos:

“¡Dad gritos de júbilo y alegraos!” (12,6).

Al que ya le ha visto en el horizonte,
el Profeta le invita a convertirse en mensajero para los demás:

“¡Sube a una alta montaña, Sión,
tú, mensajera de la alegría!

Eleva tu voz con fuerza, Jerusalem,
mensajera de la alegría” (40,9)

Toda la Creación toma parte en esta alegría de la salvación:

“Lléname de júbilo, cielo, da gritos de alegría,
oh tierra, alegraos vosotras montañas!

Porque el Señor ha consolado a Su pueblo y ha tenido misericordia
de Sus pobres” (49,13).

Zacarías ve el día del Señor y ha exigido al Rey brindar porque el
“humilde” llega y

“cabalga sobre un asno”:

“¡Alégrate sonoramente, Hija de Sión!

¡Canta himnos, hija de Jerusalem!

Mira, tu Rey viene hacia ti. Él es justo y ayuda” (9,9)

Pero la invitación más cautivadora es la del Profeta Sofonías,
que nos pone ante los ojos al propio Dios como un punto central
luminoso de la fiesta y de la alegría,

que comunica a Su pueblo esta alegría portadora de salvación.

Cuando leo de nuevo este texto me capta, escribe Francisco:

“El Señor, tu Dios, está en tu centro,
un héroe, que trae la salvación.

Se alegra y se llena de júbilo por ti,

Él renueva Su amor por ti, Él se regocija por ti

y echa las campanas al vuelo” (3,17).

El Evangelio, en el cual la cruz de Cristo resplandece “gloriosa”, invita con ahínco a la alegría.

Sólo algunos ejemplos (toma Francisco):

“Alégrate” es el saludo del ángel a María (Lc 1,28).

La visita de María a Isabel hace saltar a Juan de alegría en el seno de su madre (Lc 1,41).

En su canto de alabanza María manifiesta:

“Mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador” (Lc 1,47).

Cuando Jesús comienza Su vida pública, Juan proclama:

“Ahora mi alegría es perfecta” (Jn 3,29).

Y el propio Jesús “está lleno de toda alegría por el Espíritu Santo.” (Lc 10,21).

Su mensaje es fuente de alegría:

“Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y para que vuestra alegría sea completa” (Jn 15,11).

Nuestra alegría cristiana nace de la fuente de Su corazón desbordante.

Él promete a Sus discípulos:

“Vosotros estaréis afligidos, pero vuestra aflicción se transformará en gozo” (Jn 16,20) e insiste en ello:

“Yo os volveré a ver; entonces vuestro corazón se alegrará y nadie os quitará vuestra alegría” (Jn 16,22).

Los Hechos de los Apóstoles relatan sobre la primera comunidad:

“Ellos compartían los alimentos con alegría” (Hch 2,46).

Por donde pasaban los discípulos “reinaba gran alegría” (Hch 8,8) y ellos mismos, en medio de la persecución, estaban “llenos de alegría” (Hch 13,52).

Un funcionario de la corte etíope, después de haber recibido el bautismo, estaba “lleno de alegría”

(Hch 8,39), y el carcelero “estaba con toda su familia lleno de alegría porque había alcanzado la fe en Dios” (Hch 16,34).

¿Por qué no queremos entrar también nosotros en esta corriente de

alegría?, pregunta Francisco al final de su ‘oda bíblica a la alegría’,
que en realidad es una oda a Aquel, que viene y nos regala Su alegría
– Jesucristo.

“Hay cristianos”, continúa Francisco,
“cuyo modo de vida parece una cuaresma sin Pascua.
Pero añado, -escribe Francisco- que la alegría no se experimenta de
igual modo en todos los períodos y circunstancias de la vida, que a
veces son muy duros.
La alegría se adapta, se transforma y siempre permanece al menos
como un rayo de luz,
que sale de la certeza personal de ser amado ‘al otro lado’ sin límites.
Yo comprendo a las personas, que a consecuencia
de duras necesidades, bajo las que tienen que padecer, se inclinan a la
tristeza, pero poco a poco se tiene que admitir,
que la alegría de la fe comienza a crecer como
una secreta, pero firme confianza también en medio de los peores
temores:

“Tú me has empujado fuera de la paz;
yo he olvidado lo que es dicha (...)
(Sin embargo) yo quiero tomar esto a pecho,
por eso puedo aguardar:
La benevolencia no está agotada,
Su misericordia no ha llegado al final.
Nuevo es en cada mañana; grande es Tu fidelidad (...)
Es bueno aguardar en silencio la ayuda del Señor.”
(Klgl 3,17.21-13,26)

Merece la pena leer el mensaje del Papa
desde el principio hasta el fin.
Se lee fácilmente y resplandece aquella alegría,
de la que el mensaje habla.
¡Un mensaje no sólo para el domingo ‘Gaudete’!

Amén.

